



La clase pasada terminamos con algo pendiente: había un lugar donde sí se le podía preguntar a Dios, y nadie iba. Hoy vamos a ese lugar. Y vamos a conocer a alguien que sí fue.

A. Silo, trescientos años después

Cuando Israel entró en la tierra armó el tabernáculo en **Silo**, la tienda que habían cargado por el desierto. Pero de eso hacía ya **trescientos años**, y para esta altura aquello ya no era una tienda: Elí estaba sentado **junto al poste de la puerta** (1:9), al lugar le llaman **“templo”** y **“casa de Jehová”** (1:7, 3:3), Samuel **abría las puertas** cada mañana (3:15), y había **cuartos** donde dormían los sacerdotes (3:2-3).

Las tiendas no tienen puertas. Para estos días en Silo había **un edificio**: muros, cuartos, almacenes, una institución completa con sacerdotes que heredaban el puesto de padres a hijos. **Guárdate ese dato: va a importar mucho al final de la clase.**

B. Una casa que no tenía arreglo

Elcana tenía dos esposas: Penina, que tenía hijos, y **Ana**, que no podía tenerlos. El texto describe la situación sin adornos: Penina **la hostigaba** para hacerla enojar, *“y así hacía cada año”*, hasta que Ana **lloraba y no comía** (1:6-7). Su marido la quería y trató de arreglarlo —*“¿no te soy yo mejor que diez hijos?”* (1:8)—, lo dijo con buena intención, y **no sirvió de nada**.

Fíjate en lo que nadie hizo

Nadie le gritó a Penina, nadie la castigó, nadie lo arregló a regaños. **Y tampoco se arregló hablando.** Esa casa llevaba años así, **y no tenía solución adentro.**

C. Alguien fue a Silo a preguntar

Por fin.

Diez clases llevamos viendo gente que hacía y deshacía sin preguntarle nada a Dios. Y la primera persona del nuevo libro que sube a preguntar es una mujer que no tenía ningún puesto ni ninguna autoridad.

Oró llorando, e hizo una promesa: si Dios le daba un hijo, **se lo devolvería para toda la vida**, y *“no pasará navaja sobre su cabeza”* (1:11). Eso te tiene que sonar: es lo mismo que le dijeron a la mamá de Sansón. **A Sansón la señal se la puso Dios antes de nacer; a Samuel se la puso su mamá, y Dios no se la había pedido. Uno recibió la marca y la desperdició; la otra la ofreció — y el hijo cumplió.**

D. Y el sacerdote creyó que estaba borracha

“¿Hasta cuándo estarás ebria? Digiere tu vino.” (1:14)

Léelo otra vez, porque es la escena más incómoda del capítulo. El sumo sacerdote de Israel ve a una mujer orando de verdad en su propio santuario — y no reconoce lo que está viendo.

No es que no le importara. Es que ya no distinguía. Ana le contestó con respeto, y Elí —esto hay que decirlo a su favor— se corrigió y la bendijo. Elí no es el villano de esta historia: es algo más triste, un hombre bueno que ya no se daba cuenta de las cosas.

“Y se fue la mujer por su camino, y comió, y no estuvo más triste.” (1:18)

Ahora fíjate cuándo dejó de estar triste. No fue cuando quedó embarazada. No fue cuando nació el niño. Todavía no sabía nada. Por lo que ella sabía en ese momento, podía irse a su casa y pasar otro año igual que los anteriores.

Dejó de estar triste en cuanto lo entregó.

Y eso dice algo sobre qué es orar: no es hacer un trato con Dios — yo te pido esto y tú me lo das. Si fuera eso, habría seguido angustiada hasta ver el resultado. La paz no le llegó con la respuesta: le llegó con la entrega.

“Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo.”

Salmo 55:22

Fíjate en que no dice “*Jehová te va a dar lo que pidas*”. Dice que **te va a sostener**. Son dos cosas distintas — y Ana recibió la segunda antes de saber nada de la primera.

E. El niño que pidió

Nació el niño y Ana le puso **Samuel**: “*por cuanto lo pedí a Jehová*” (1:20). Y cuando lo destetó —**a los tres años, más o menos**— lo llevó a Silo y lo dejó ahí: con **un sacerdote de más de noventa años que ya casi no veía, en un santuario donde sus propios hijos hacían lo que les daba la gana**. Ana pagó lo que prometió, y lo pagó en años.

El detalle que más duele de toda la historia

“Y le hacía su madre una túnica pequeña y se la traía cada año, cuando subía con su marido a ofrecer el sacrificio acostumbrado.” (2:19)

Le medía el crecimiento una vez al año, por el tamaño del abrigo. Y acertaba, porque era su mamá.

F. Lo que Ana cantó

Cuando lo dejó, Ana no lloró: **cantó**. Y su cántico (2:1-10) casi no habla de ella: habla de un Dios que da vuelta a las cosas — humilla a los fuertes, levanta a los pobres del polvo, llena de pan a los hambrientos. Y termina con algo que todavía no existía: “*dará poder a su Rey, y exaltará el poderío de su Ungido*” (2:10). **En Israel no había rey**. Llevas once clases oyendo esa frase — y la primera persona que habla de un rey en este libro nuevo es una mujer que acaba de dejar a su hijo.

Lo que cantó Ana · 1 Samuel 2	Lo que cantó María · Lucas 1
“Mi corazón se regocija en Jehová” (2:1)	“Mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador” (1:47)
“Los hambrientos dejaron de tener hambre” (2:5)	“A los hambrientos colmó de bienes” (1:53)
“Jehová abate, y enaltece” (2:7)	“Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes” (1:52)

Y hay un tercero que dijo lo mismo

Ungido quiere decir “el que fue untado con aceite”. En hebreo es **mashíaj**; en griego se dice **Cristo**.

Ese hijo de María creció, se subió a un monte y empezó a enseñar así: “*bienaventurados los pobres en espíritu... los que lloran... los que tienen hambre y sed de justicia*”. **Es la misma idea, tres veces, con mil años de distancia**: una mujer sin hijos en Silo, una muchacha en Nazaret, y un maestro en una colina de Galilea.

G. Mientras tanto, el sacerdocio se caía

A los hijos de Elí el texto los llama “**hombres impíos**” y dice que “**no tenían conocimiento de Jehová**” — siendo sacerdotes (2:12). Mandaban a un criado con un garfio a **quedarse con la carne** de las ofrendas y la tomaban por la fuerza (2:13-16), y se acostaban con las mujeres que servían a la puerta del santuario (2:22).

Elí se enteró. Y les habló — pero fíjate **cómo**: “*no, hijos míos, porque no es buena fama la que yo oigo*” (2:24). Eso es todo. Los regañó, y ellos “*no oyeron la voz de su padre*”. Entonces Dios mandó un mensajero, y fíjate en esto: **no fue Samuel**, sino un hombre de Dios del que no sabemos ni el nombre (2:27), con una señal: “*ambos morirán en un día*” (2:34).

La acusación no es que fuera malo. Es que no hizo nada.

Elí no robó carne. Elí no hizo nada de lo que hicieron sus hijos. **Lo que Dios le reclama es que sabía y no los detuvo**: que prefirió no tener el pleito en casa. Dios lo resume en cinco palabras: “*sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado*” (3:13).

Y eso, **en el puesto que él tenía**, era suficiente.

H. Y ahora un dato que cambia todo

“Y había juzgado a Israel cuarenta años.” (1 Samuel 4:18)

Elí era un juez, de los del libro que llevamos once semanas estudiando — y el único de la lista con los dos puestos a la vez, sacerdote y juez.

Mira los dos extremos: Otoniel, cuarenta años; Elí, cuarenta años. El mismo número, y no significan lo mismo. Los de Otoniel fueron de paz; de los de Elí el texto no cuenta una sola cosa buena. Ocupar el puesto y hacer el trabajo no son lo mismo.

I. Todo funcionaba, y Dios no hablaba

“La palabra de Jehová escaseaba en aquellos días; no había visión con frecuencia.” (3:1)

Haz la lista de lo que sí funcionaba esa noche: el arca estaba en su lugar; la lámpara ardía, como cada noche; el sumo sacerdote dormía en su cuarto; las puertas se iban a abrir al amanecer. Trescientos años de institución funcionando con toda normalidad.

Y Dios no hablaba.

Esa madrugada Dios llamó a Samuel por su nombre, y el niño corrió tres veces a la cama de Elí porque creía que lo llamaba él. “*Samuel no había conocido aún a Jehová*” (3:7): **llevaba años viviendo en el santuario y no reconoció la voz de Dios** — no porque fuera tonto, sino porque **nadie en Silo la había oído en mucho tiempo**. A la tercera, Elí entendió, y le enseñó exactamente qué contestar: “*habla, Jehová, porque tu siervo oye*”. **El sacerdote que ya no oía la voz de Dios sabía perfectamente qué se le responde cuando llama.**

Y fíjate en quién le dice qué a quién

Lo que Dios le dijo fue la sentencia contra la casa de Elí, y el niño tuvo que contárselo. El sacerdote ya no oye a Dios. El aprendiz sí.

Y el capítulo cierra: “Jehová volvió a aparecer en Silo” (3:21). Empezó diciendo que Dios no hablaba y termina diciendo que volvió a hablar.

ACTIVIDAD 1 · ¿Quién lo hizo?

Marca a quién corresponde cada frase.

	Ana	Elí	Samuel
1. Subió a Silo a hablar con Dios.			
2. Creyó que una mujer que oraba estaba borracha.			
3. Sabía lo que hacían sus hijos y no los detuvo.			
4. No reconoció la voz de Dios la primera vez.			

CUESTIONARIO

Las tres primeras se comprueban en el texto; en las últimas te toca pensar.

1. ¿Qué prometió Ana si Dios le daba un hijo?

2. ¿Cómo le medía el crecimiento a Samuel cada año?

3. ¿Qué le reclama Dios a Elí, exactamente?

4. Ana dejó de estar triste antes de saber nada. ¿Cómo se explica eso?

5. En Silo todo funcionaba y Dios no hablaba. ¿Puede pasar hoy?